

dijo estas palabras que en su vida nunca escucharan:

—Siento mucho, pero aquí no pueden entrar ustedes.

El lector entenderá nuestro parecer. No tomamos posición a uno ni otro lado. El demimonde francés y la aristocracia española, ambas manifestaciones de vida casi inaccesibles para un niño iberoamericano, reviven en el recuerdo con el encanto de hechos pasados. Era la sensación de un mundo impenetrable y casi divino fuera de nuestras posibilidades.

Sin duda, España, metida en su concepto árabe de la mujer, en su política de aislamiento, orgullosa de sus toreros, sus oradores, sus bailadoras, guardias civiles y curas, fué uno de los países más machos y más personales del mundo.

Aristocracia es una clase, una minoría formada por respeto a la propiedad, a los botines adquiridos, a la tradición. Se puede ir esa aristocracia de apellidos, sustentada por un pasado, pero llegará otra de talento, de hechos, de presente, por cuanto lo que no muere en Europa, y en España en primer lugar, es la facultad de respetar, de acatar, de valorar. Se van los Medinacellis, los Albas y Osunas, e inmediatamente suben a la jerarquía los Ayalas, Baezas, Ortegas, Unamunos, Marañones...

Esa aristocracia de la antigua España, inconfundiblemente caracterizada, era segura de sí misma. El lector que haya vivido en Europa recordará, sin duda, esos tipos magníficos, independientes, alegres con la alegría infinita de su propio valer, pisando fuerte y sin miedo de dar opiniones. En cambio, estos burgueses americanos, que algunos llaman sangre azul y aristocracia, están siempre en estado de larva, de crecimiento; se ado-

cenan y buscan la manera de instruirse en lecturas sesudas capaces de darles una tenue definitiva en la lucha por la vida. Rara vez se aventuran a opinar en público. Más piden las burguesías a las normas hechas, esto es, a los textos, antes que a la vida, a la experiencia y su propia enjundia. Si el lector pone atención,—el lector que ha viajado—notará en nuestras calles un tipo de hombres en perpetuo trance de formación, desaforados, sudorosos en la lucha por el pan, dispuestos a aceptar cualquier credo, a trocarse en cualquier cosa, con tal de vivir, o sea, mejor dicho, de subsistir. En nuestra América, la burguesía acomodaticia produce ese tipo larva, desorientado, apegándose a las transformaciones generales, sin encontrar jamás su propia forma.

El aristócrata—y tomo de modelo al español—era un tipo hecho y derecho, y bastaba verle en las calles para comprenderlo así.

El observador notaría tal vez durante la visita del Príncipe de Gales, algunos detalles para confirmar estas líneas. Ese noble niño fué reacio para aceptar ciertas reglas sudamericanas, dictadas por eso que aquí llamamos aristocracia y no es, en suma, otra cosa que burguesía, hecha de los prejuicios de todas las burguesías.

Un aristócrata europeo reúne mayores probabilidades para entenderse con cualquier plebeyo americano, antes que con un pseudoaristócrata. Ya dijimos que existe "la aristocracia natural del indígena". Ellos eran los dueños de la tierra y se dedicaban a la guerra y la cacería, igual que los nobles de ahora. El roto es el aristócrata. Lo probé algunas veces.

Este artículo se refiere a la nobleza española en auge, esto es, anterior a la república.

su participación en las urnas; al paso que si son evidentes los daños que irrogan al país, tanto porque se prestan para valorizar ciertos cacicazgos aldeanos que, por razones de número, le cierran el camino a las gentes más preparadas, como porque frecuentemente vienen a servir de agua lustral para que los altos políticos se laven de responsabilidades, cada vez que incurrir en pecado, con el socorrido apotegma de que "así lo quiere el pueblo soberano".

Por hábito rayano en instinto aquí parecieran haberse encariñado con los "reyes de la república"—don Ricardo y don Cleto;—pero esto, que pudiera interpretarse como un acto de beneplácito por los regímenes de paz y libertad que esos patriarcas conceden, no tiene, sin embargo, ningún arraigo ideológico, según lo declara el hecho de que también esas mismas masas han sido propicias al caudillaje en épocas de violencia. Por ejemplo, con espontaneidad que nadie podrá negar, hicieron en loor al fogoso caudillo del 27 de enero, la manifestación más grande que haya presenciado Costa Rica; y aquí "Viva Puriscal Peliquista" que vibraba como una Marsellesa, siguió atronando por nuestras campiñas, hasta que las mismas masas volvieron a conglomerarse, por miles, en las rúas capitales, para aclamar... a los guerrilleros nicaragüenses que venían contra Tinoco, y ceñirle así los laureles al General Estupinián!

Sobre una base tan deleznable, nuestra política no ha podido construir ninguna institución bien consolidada; y aquellas conquistas de que se ufanan los cantores de nuestra democracia, las disfruta el pueblo con carácter precario, como que son mercedes graciosas de éste o el otro gobernante y no bienes propios del mismo pueblo. Las elecciones no determinan un programa de vida o un principio ideológico, sino que se reducen a traducir meros sentimientos personalistas agitados por el interés o la ambición de camarilla. Salvo cuando se trata de reelecciones presidenciales, las monteras van a comicips sin conocer de verdad a los postulados, sin darse cuenta de sus antecedentes y tendencias ciertas y, por consiguiente, sin haber podido presumir, siquiera, la calidad de labor que vayan a realizar en el gobierno. Y, sin embargo, esas monteras ignaras, que no ven más allá de donde alcanzan las esquilas de su ermita, son las que tienen con sus votos, el desideratum de la República.

Y eso no es de ahora: hace precisamente cien años, los partidarios de don

El feminismo y la democracia en Costa Rica

—Envío del autor—

Doile gustosamente respuesta, mi conspicua amiga, a la interpelación tan honrosa que usted me hiciera en punto del proyecto para ciudadanizar a la mujer costarricense.

Por haber visto muy de cerca tantas bambalinas de nuestro escenario político, en lo que llevamos de siglo, y procurado investigar en nuestros cronicos de antaño los sainetes electorales que representara la democracia, he venido a concluir que, entre nosotros, el problema del sufragio debe resolverse mediante una restricción fincada no en el sexo, sino en la capacidad de los electores.

Aquel sufragio universal que los castelanos del 68 presentaron ante Europa como una panacea de las sociedades—y que aquí desde 1889 es la cantinela obligada para arrullar a las multitudes—nunca logrará en la práctica su finalidad doctrinaria, mientras no llegue a cimentarse en una aptitud espiritual que le dé conciencia al voto.

Se creía que universalizando el sufragio iba a desarrollarse en las masas ignoraras el sentido cívico y la capacidad para el buen ejercicio ciudadano; mas, en el discurso de los años hemos comprobado que muchas de esas masas no

sacan aún su alma de la ergástula y que sólo sirven para complicar los procesos políticos, ya que apenas olvidan su apatía cuando los excita la amenaza del patrón, la fusta de las autoridades, el tintineo del oro, la verba despotricada de cualquier dicharachero, o un mezquino interés de caserío... Antes de vestir esas monteras con la hopalanda del sufragante para que se conviertan en legionarios inconscientes y ciegos de pasiones y apetitos ajenos, necesitarían pasar por la escuela y robustecer el espíritu hasta adquirir la independencia volitiva que exige el sufragio. No hay democracia sin libertad; y la libertad, más que en los códigos, debe asentarse en el pensamiento del individuo.

Poco o ninguno es el beneficio que esas monteras analfabetas derivan de



Teñimos en 28 colores. Además en Negro y Blanco.

Zapatillas, Carrioles, Etc.,

puede Ud. llevarlos en el color que armonice con su vestido. Trabajamos a base del SISTEMA "GADI" de la casa norteamericana The Gadi Co.

TELEFONO No. 3736 VICTOR CORDERO & Cía. SAN JOSE, C. R.